

OLGA AMARÍS DUARTE

Escritora y *doctor philosophiae* por la
Ludwig-Maximilians-Universität München

Cuando la guerra se dice Paz. María Zambrano y Simone Weil reescribiendo ruinas

Resumen

Este artículo presenta un análisis comparativo entre las líneas de pensamiento desarrolladas por María Zambrano y por Simone Weil a propósito del exilio. En un diálogo a dos voces, ambas pensadoras proponen métodos alternativos a la razón cartesiana para hacer frente a la experiencia dolorosa producida por el desarraigado de una realidad que cede por su propia incoherencia. Los conceptos de piedad, de atención, de paz y de educación son piedras fundamentales de un saber padeciendo a través del cual la persona renace a una nueva posibilidad de ser y de estar en la circunstancia.

Palabras claves

Guerra; paz; educación; atención; *amor mundi*.

When the war is called peace. María Zambrano and Simone Weil rewriting the ruins

Abstract

This article presents a comparative analysis between the lines of thought developed by María Zambrano and Simone Weil in exile. In a two-voice dialogue, both thinkers propose alternative methods to Cartesian reason to deal with the painful experience caused by being uprooted from a reality that falls apart due to its own incoherence. The concepts of mercy, attention, peace and education are foundational stones of a suffering knowledge through which the person is reborn to a new possibility of being in the world of circumstances.

Keywords

War; peace; education; attention; *amor mundi*.

Génesis de un encuentro

Este encuentro tiene un precedente y con ello quiero dar a entender que ya aconteció anteriormente sin que ninguno de nosotros estuviésemos presentes. Las protagonistas, sin embargo, son las mismas, ya que el esquema de aquel otro paisaje no logró alterar los contornos con los que hoy van a reaparecer ante nuestros ojos.

Deteniéndonos en el antecedente, María Zambrano y Simone Weil se encontraron ya en unas páginas de la revista de Filosofía *Fil & Co.* en cuya sección «Diálogos que no fueron» propongo un espacio de resonancia para aquellas conversaciones que no sucedieron, aunque pudieran haberse dado afilando el pincel de la imaginación. Las barreras del tiempo, del espacio y de la lengua ceden por sí mismas cuando es el pensamiento quien toma la palabra. Pero, para tomarla, primero tiene que recibirla. Y ahí, en ese acto apasionado de reciprocidad, Zambrano y Weil iniciaron un debate filosófico en torno a la guerra, o debiera decir en torno a la paz perdida, que hoy volverán a retomar como si el entremedias no hubiera pasado. En el encuentro imaginado, igual que ocurrió tantas veces en la realidad, ambas pensadoras abandonan la retaguardia para comprometerse en el frente, para hacerse vanguardia e ir en la primera posición, auspiciadas por su vocación de guías de los perplejos y de los desencaminados. En aquel entonces se trasladaron a Ucrania, a esa Troya que no arde en el Mediterráneo, sino en aquella otra zona tan poco ubicable de *Mitteleuropa* que, por ser el centro de algo, no parece encontrarse, o querer ser encontrada, en lado alguno.

Hoy, sin embargo, es primavera, Zambrano está a punto de volver a nacer y las dos aparecen, o se diafanizan, en París, «la ciudad dócil a la luz más que ninguna»,¹ como la describe la pensadora española en su artículo de 1957. Para dar más señas sobre las coordenadas de su ubicación, y sin respetar su deseo de no ser incordiadas por curiosos, ellas se nos han adelantado y están esperándonos en el *Cafe de la Paix*.

La originalidad, en la mayoría de los casos, acaba siendo una pose. Y la historia, en su papel de Celestina implacable, ya las había hecho coincidir mucho antes, en agosto de 1936 en la ciudad de Madrid. Las dos, profundamente pacifistas, de un pacifismo razonado tras un análisis profundo de la guerra y sus absurdos, asumen el desasosiego y la gravedad de su época y deciden habitar la fractura sin condicionamientos. Se las pudo ver a las dos por la capital castiza llevando, cada una a su manera, esa cruz que debía de servir de palanca de descenso a la cumbre.

Simone Weil, con la pierna izquierda abrasada y con las manos heridas por las incoherencias de un cuerpo plotiniano que la vuelve torpe para esas actividades manuales en las que ella tanto se empeña, y perseguida por la mala suerte, ese mal de ojo que suele acompañar a las mentes geniales que se atreven a mirar de frente a la adversidad, colabora como voluntaria en la columna anarquista del Frente de Aragón durante la Guerra Civil Española. María Zambrano, por su parte, participa en la redacción del Manifiesto Fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y, según describirá un año más tarde en *Los intelectuales en el drama de España*, se deja imbuir por el temblor que recorre aquellos días la ciudad luminosa y espléndida en su tragedia cuando

1. Zambrano, M., “Una ciudad: París” en Aurora: papeles del Seminario María Zambrano, N.º 2, Barcelona, 1999, pp. 129-132.

los jóvenes universitarios visten el mono azul obrero. La única sombra que oscurece aquellos días de efervescencia procede de la negación del maestro, Ortega y Gasset, a hablar en la radio a favor de la República.

Inevitablemente, el reconocimiento entre ambas es inmediato. Sin apenas palabras, entienden que son dos mujeres singulares, devotas de un excomulgado del calibre de Baruch de Spinoza, beguinas a su manera, arrebatadas por las mismas pasiones sociales y políticas, y portadoras de un saber heterodoxo que se atreve a sondear sin vértigo el abismo de la mística. Weil y Zambrano comparten, además, la herencia helenista en su anhelo por el establecimiento de una democracia radical. Bien es conocida la intención de Weil de abolir los partidos políticos como resquicios despóticos que reproducen la misma teología violenta de cualquier otro poder constituido, como escribirá en 1937: «El orden social, aunque necesario, es esencialmente malo, sea el que sea».² Zambrano, comulgando en el gesto de ponerlo todo en cuestionamiento, y siempre alerta ante esas formas de gobierno «dogmáticas de la razón»,³ se aleja de la concreción política al rechazar la oferta que le hace Jiménez de Asúa de presentar su candidatura a las Cortes por el Partido Socialista Obrero Español en 1931 y confesará que la *hamartia* de su vida consistió en haber participado en la constitución de El Frente Español que, posteriormente, acabaría degenerando en La Falange.

La política, tanto en Zambrano como en Weil, constituye una forma de encontrar la coherencia unitaria entre el pensar, el sentir y el actuar. Podría afirmarse que se trata en ellas de una política poética, por usar la terminología de Juan Ramón Jiménez, entendida como la *poiésis* griega en la que el pensamiento se pone en práctica, esto es, en marcha, para crear algo que antes no existía. A Weil le interesa la filosofía que se expresa exclusivamente en acto y práctica, instrumentalizada en una forma activa de luchar contra todo tipo de totalitarismo a través de dispositivos intelectuales y espirituales. La razón poética de María Zambrano, por su parte, es la contrarrespuesta al sistema abstracto de ideas que ignora la dimensión encarnada de la verdad, así como un camino recibido sapiencialmente para el vivir humanamente: «Ya que el vivir no es lo mismo que la vida. La vida es dada, más un don que exige de quien la recibe el vivirla, y al hombre en una especial manera. Vivir humanamente es una acción y no un simple deslizarse en la vida y por ella».⁴ La acción política, en este sentido, es una encarnación. Un estar aquí y ahora experimentando la corporeidad del tiempo en la propia visceralidad, percatándonos de la manera en la que el *logos* se distribuye bien por las entrañas, como decía ella que decía Empédocles.

Si el cuerpo del rey es doble, según la interpretación de Ernst H. Kantorowicz, el cuerpo de la política es múltiple y polifónico. De ahí la importancia de entender que lo político es el lugar de encuentro con el otro «que nos da la gracia de existir», y el epicentro desde el cual empezar a poner en práctica una teoría de la hospitalidad para con los más oprimidos. La compasión es la sacerdotisa de la acción política en el pensamiento de Weil, aquella que propicia que la punzada de la alteridad pase a formar parte de la mismidad, como escribe en una larga carta dirigida al Padre Perrin desde Marsella: «Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos, incluso a mis propios ojos, con la masa anónima, la

2. Weil, S., *Opresión et liberté*, París, Gallimard, 1955, p. 136.

3. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 2020, p. 212.

4. Zambrano, M., «*El sueño creador*», *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 1020.

desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma».⁵ Esa otredad, a su vez, puede introducirse a cuchilladas en el ser adquiriendo la forma del diametralmente Otro de la trascendencia, descrito en *La gravedad y la gracia* de la siguiente manera: «La violencia del tiempo desgarra el alma. Tras el desgarro entra la eternidad».⁶ En Zambrano será la piedad, ese saber tratar con lo diferente, con lo que es «radicalmente otro que nosotros», la guía de la acción política.

Más allá del *bios politikos*, las dos comparten, en un juego de espejos, esa apariencia translúcida del cuerpo individual, enfermizo, que se diría inexistente. Resulta irremediable: se encuentran y se aman intelectualmente. Este reconocimiento, que toma la forma de una flecha de filiación, es relatado en una carta que Zambrano le envía a su joven amigo, estudiante de Teología, Agustín Andreu, fechada en 1974:

*He estado al borde de preguntarte si has leído a Simone Weil y si laquieres. Yo la amo y Araceli estaba más cerca de ella que yo. Murieron por negarse a tomar alimentos, y medicamentos –en especial Ara–, lo que está escrito en el certificado médico de Simone, en el de Ara no. Pero ya de antes. Si tienes sus libros y no los has leído, lee al menos «Prologue» –segundo Cahier–. Durante media hora estuvimos sentadas en un diván las dos en Madrid. Venía ella del Frente de Aragón. Sí había de ser ella. María Teresa [la mujer de Alberti] nos presentó diciendo: La discípula de Alain, la discípula de Ortega. Tenía el pelo muy negro y crespo, como de alambre, morena de serlo y estar quemada desde adentro. Éramos tímidas. No nos dijimos apenas nada. Ella era, sí, un poco más baja que yo; 1,59 he leído era su talla, la mía un centímetro más y llevaba yo todavía tacones no muy altos. Era muy delgada, como lo había sido yo, y no lo era ya en ese grado. Pero era Ara quien se le emparejaba. Las dos eran de las que dan el salto, como Safo.*⁷

Se sabe que, encendida de aquella emoción inicial, Zambrano quiso traducir al castellano la obra de Simone Weil por encargo de la Editorial Universidad Veracruzana de México. Tal proyecto nunca llegó a realizarse, sino que pasó a ser el colapso de una ilusión más. Queda, sin embargo, la huella de la particular *trolesse* en *El sueño creador*, en donde Zambrano retoma e interpreta la palabra amiga: «La vie est impossible», ha dicho Simone Weil, añadiendo: «C'est le malheur qui le sait».⁸ La importancia de esa palabra, *malheur*, convertida en operación mántica en los *Cahiers*, radica en su intraducibilidad. Nada tiene que ver con el dolor o con el sufrimiento, sino que pertenece a esas «nociones luminosas»⁹ que aparecen en *La persona y lo sagrado* y que resultan imposibles de definir por una razón epistémica que ha perdido el trato con lo sagrado, con ese reducto de bien que queda en el ser humano tras el desgarro, pese a todo, a pesar de todo: «Esa parte profunda, infantil del corazón humano que se mantiene adherida al bien».¹⁰ El *malheur* encuentra resonancia en el saber padeciendo de *El hombre y lo divino* y en la premura metafísica por adentrarse en los íferos de la historia para pagar esa prenda de la «noche oscura de lo humano». Zambrano, ávida también de esas cuestiones de «tan huidiza condición, que, al intentar atraparlas, se nos escapan

5. Weil, S., *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993, p. 40.

6. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 2007, p. 121.

7. Zambrano, M., *Cartas de la Pièce*, Valencia, Pre-Textos, 2002, pp. 128-129.

8. Zambrano, M., «El sueño creador», *op. cit.*, p. 1022.

9. Weil, S., *La personne et le sacré*, Payot & Rivages, París, 2017, p. 27.

10. *Ibidem*, p. 28.

11. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, *op. cit.*, p. 201.

rio debajo de la subconsciencia»,¹¹ se sumergirá, como su trasunto Antígona, en los estratos más profundos de la historia para rescatar ónfalos que, al volver a la luz, se transforman en cristales de pensamiento.

La vida, sí, resultó imposible para ambas, en un mundo inhabitable donde las ruinas no son más que el indicio de la desaparición, de una presencia que acaba de abandonarnos, como se describe en *La Agonía de Europa*: «Huella que enseña y hace patente el eclipse y la tristeza, como si sólo esas cosas sin belleza alguna llorasen al huésped ido».¹² Hijas de su época, estaban destinadas a esa vida arruinada que pretende nacer de una sola vez, descarnada y padeciendo. Pero no, ellas desestimaron la herencia y optaron, discípulas como eran del *jerem* de Spinoza, por el salto hacia aquel otro lado donde la frontera se transforma en un espacio de creación ilimitada. Mediante los actos y las palabras construye el ser humano su morada política, también poética, y, en aquel exilio que se ama por su trascendencia, alejado de cualquier patria terrestre, «arraigado en la ausencia del lugar»,¹³ y que se hace sentir como una verdad que llama a habitar su horizonte, les fue posible des-nacer, «des-serse en cierto modo»¹⁴ en el caso de Zambrano, des-crearse, en el de Weil, en la conciencia de que no hay consuelo posible si no es en el desamparo más absoluto.

Pensar la guerra desde la atención paciente

Dentro de la propedéutica del saber padeciendo que ambas eligen, se encuentra la aceptación del conflicto como elemento configurador de la transformación del ser individual y colectivo. Seguidoras atentas de los pensadores de la discordia como Hegel, Maquiavelo, Heráclito y Marx, que ven en la tensión permanente de los contrarios el motor de desarrollo de lo político y de lo social, también ellas saben, por experiencia, que los amores turbulentos de Afrodita y de Ares acaban por engendrar a Harmonía.

En *Reflexiones sobre la guerra*, obra clave donde se analiza el efecto de la fuerza en el poema épico de *La Iliada*, Weil expone la esencialidad del juego de contrarios para que, tras la violencia ejercida, se instale la belleza. También en *La gravedad y la gracia* se incidirá en la misma matemática de opuestos: «Si únicamente se desea el bien, se entra en oposición con la ley que liga el bien real al mal como el objeto iluminado de su sombra, por lo que, al estar en desacuerdo con la ley universal del mundo, es inevitable que se caiga en la desgracia».¹⁵ De igual modo, en *Horizonte del liberalismo*, Zambrano afirma que la política es el resultado de una lucha, llámese mejor conciliación, entre el individuo y la vida. De la conclusión de esta tensión inicial surge el amor al contrario: el irremediable complemento sin el cual nunca seríamos al completo.

En este sentido, reflexionar sobre la guerra presupone para ambas no solo la asunción del lado trágico de la vida, sino su esclarecimiento. El ser humano es el «heterodoxo cósmico»¹⁶ que no se entrega sumisamente a los latentes designios de la historia, sino que ofrece una resistencia serena por medio del ejercicio de una voluntad consciente. Pensar el conflicto es, así, una forma activa de resolverlo sin forzar la disolución de los contrarios, sino probando, a veces a tientas, a descifrar su mejor conjunción. De ahí que la guerra no sea el incomprensible que

12. Zambrano, M., «La agonía de Europa», *Obras Completas vol. II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 388.

13. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 86.

14. Zambrano, M., «El sueño creador», op. cit., p. 1012.

15. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 141.

16. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, op. cit., p. 205.

preconiza el discurso lógico positivista en su rechazo de todo aquello que no se debe pensar, sino, como propone Immanuel Kant en su *Crítica de la razón pura*, la aceptación de que hay entelequias a las que el pensamiento no puede llegar y que, sin embargo, deben ser asediadas una y otra vez hasta la extenuación. Porque, como apuntala Schopenhauer, no porque no se pueda comprender el problema, éste acaba por desaparecer.

Desde el estremecimiento que propone el «shock de la experiencia» del que habla Walter Benjamin, ese firme y brutal golpe contra la realidad, ellas inciden en la incertidumbre, en la resistencia primera que ofrece lo desconocido antes de desgranarse en la promesa de una revelación. A ninguna de ellas le importa la respuesta, sino el rastro que deja el gesto atento y reflexivo de circunvalar la cuestión desde todos los puntos de vista, iluminando sus múltiples contornos, según se ejercita en *Persona y democracia*: «Los crímenes han sido ya cometidos. Ha llegado la hora del conocimiento. Convertir la tragedia en una gota de luz. Para ello hay que hundirse en las entrañas, removerlas, purificarlas con la antorcha del pensamiento».¹⁷

En esta cita se intuye la decisiva influencia de la dialéctica gnóstica en torno al mal del alemán Jacob Böhme, en donde el principio destructivo, simbolizado por la imagen del fuego, es indispensable para que triunfe el principio creativo de la luz. De hecho, Zambrano está haciendo aquí suya la imagen que Böhme introduce en su obra *Aurora*, en donde un fuego consumidor, *verzehrend Feuer*, sirve de fundamento, *Ungrund*, de todas las posibilidades del ser. Como antes se vio que sucedía en la cita de Weil, sin oscuridad, no es posible la claridad. Es decir, sin el apercibimiento del mal cometido, no es posible la reacción de resistencia que ofrece el movimiento reflexivo.

En términos muy semejantes, Simone Weil afirma que la guerra es un factor de reacción del que urge investigar las fuerzas que lo ocasionaron mediante la práctica de una atención paciente, la *hipomené* griega, concepto clave que no debe confundirse con la *epojé* fenomenológica. Aunque ambos estados mentales implican una orientación hacia el objeto contemplado y una suspensión del enjuiciamiento, la atención en Weil aspira, además, a una participación con la «naturaleza sacramental del mundo»¹⁸ que adviene en forma de don, de gracia «gratuita y generosa»¹⁹ que solo se consigue una vez que el sujeto cognosciente ha retrocedido ante el objeto que persigue. Al igual que ocurre con ese otro reino de los claros del bosque donde no se va a responder, porque no se erige la maléfica pregunta, y que no hay que buscarlo, pues, si nada se busca, en el instante del descuido la ofrenda será ilimitada, la atención en Weil es un aguardar abismándose en la belleza sin pretensiones: «No se trata de interpretarlos, sino simplemente mirarlos hasta que brote de ellos la luz».²⁰ Tomándole la palabra, que ha sido cedida, Zambrano agregará lo siguiente sobre esa adecuación de la atención, reclinada entre la vigilia y el sueño: «La atención es a modo del tentáculo primario del que dispone todo organismo vivo y que se despliega en grado eminentemente y, además, específico en el hombre. Y así, todo aquello a donde llega la atención queda incorporado al círculo vital que toda criatura viviente, por diminuta que sea, crea a su alrededor».²¹

17. Zambrano, M., «Persona y democracia», *Obras Completas vol. III*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 403.

18. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 185.

19. Weil, S., *La personne et le sacré*, op. cit., p. 73.

20. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 156.

21. Zambrano, M., *Claros del bosque*, Madrid, Cátedra, 2014, p. 123.

Educar para la paz

Pensar el conflicto supone introducirse en él para traerlo a luz, alumbrándolo y cumpliendo así con el rito socrático de la mayéutica que ayuda a nacer al discípulo una vez desnacido en el fondo de la caverna. Las vidas filosófica y política de Simone Weil y de María Zambrano no se entienden sin la importancia que le otorgaron al proceso pedagógico como fundamento de la civilización democrática. Y, así, no es posible separar el pensamiento de Weil ni del magisterio de Alain ni de las clases que impartió, con tan poca fortuna, en los liceos de Auxerre y de Roanne. La razón poética de María Zambrano no puede comprenderse tampoco sin la Institución Libre de Enseñanza ni sin los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, el imprescindible Ortega y Gasset, así como resultaría incompleta sin su labor en las Misiones pedagógicas. La razón poética es un estado de alerta paciente, a la par que la transmisión de un deseo de conocimiento.

En concordancia con Aristóteles, ambas filósofas están convencidas de que la falta de educación es la causa de todas las guerras y que la persona cabal, esto es, la virtuosa, no puede sino desechar el bien. Por el contrario, aquella que pasa sus días en condiciones que hacen materialmente imposible un esfuerzo de atención sostenido por mucho tiempo en un nivel elevado, no hará sino convertirse en un lobo entre los lobos. En términos muy explícitos, Weil reescribe la máxima aristotélica en la siguiente fórmula: «Si la inteligencia se vuelve hacia el bien, es imposible que el alma entera no se vea arrastrada poco a poco hacia él, aunque no quiera».²²

Para «la virgen roja», el objetivo de la educación debe enfocarse en la creación de instituciones destinadas a discernir y a abolir todo aquello perteneciente a la vida contemporánea que arruine la vida espiritual de las personas. En el caso de la clase obrera, el proceso emancipatorio tiene que comenzar por una pedagogía que proporcione a los trabajadores las herramientas intelectuales necesarias para que ellos mismos fabriquen su propia libertad. La convicción de que la educación constituye la mejor garantía de la paz entre los pueblos se expresa, sin embargo, en sus reflexiones sobre la *La Ilíada* y sobre la trilogía de la *Orestiada*, donde describe la fuerza transformadora del dislate bélico como aquella capaz de hacer del ser humano una cosa en el sentido más literal, pues hace de él un cadáver, o aún peor, un ser sin atributos: «Las batallas no se deciden entre hombres que calculan, combinan, toman una resolución y la ejecutan, sino entre hombres despojados de esas facultades, transformados, rebajados al nivel de la materia inerte que no es más que pasividad, o al de las fuerzas ciegas que no es más que impulso».²³

En *Persona y democracia*, publicado en 1958, casi diecisiete años después de la aparición del texto de su interlocutora judía, Zambrano hará una descripción muy similar de la enajenación del ser humano quien, en su ignorancia, es incapaz de actuar en conciencia y con responsabilidad, convirtiéndose en presa fácil de las tecnologías de la mentira que se instalan en los regímenes totalitarios. Con el natural humor que la caracteriza, Zambrano parodia «el paso de ganso de los desfiles hitlerianos»²⁴ como símbolo de ese ser anonadado al que los déspotas privaron de la libertad y de la capacidad de cuestionamiento.

22. Weil, S., *La gravedad y la gracia*, op. cit., p. 154.

23. Weil, S., *L'Iliade ou le poème de la force*, París, Payot & Rivages, 2021, p. 101.

24. Zambrano, M., «Persona y democracia», op. cit., p. 391.

A este respecto, resulta muy revelador que el último artículo escrito por la filósofa malagueña antes de morir estuviera dedicado a la Guerra de Irak y llevase el provocador título de «Los peligros de la paz». Pudiera parecer que los peligros de la paz son las guerras. No obstante, ella se apresura a aclarar que la real amenaza radica en la sucesiva instauración de procesos de paz inauténticos y desatentos con la verdadera vocación pacífica, que es aquella que cumple la promesa de realización plena de lo humano mediante el aprendizaje de «un modo de vivir, un modo de habitar en el planeta, un modo de ser».²⁵ La paz es una ciencia que requiere, también ella, una alerta paciente y una transmisión cuidadosa. En este artículo de 1990, Zambrano reactualiza la hebra insertada en un texto anterior de 1996 titulado «La educación para la paz», donde ya se aclara que la paz no ha de ser una situación transitoria, sino un estado definitivo de la historia humana, perpetuo como aquel profetizado por Kant, que solo cobrará realidad si su germen empieza a incubarse en la escuela, en aquel centro en el que se practica la *scholé*, el cultivo del tiempo libre hacia las cuestiones espirituales de alto orden. En otras palabras: el lugar en donde se alcanza la altura necesaria para que la caída sea posible, esa inmersión en el lado tenebroso tan imprescindible en el paso de la persona por el mundo. Ellas lo saben, de nuevo por experiencia: la piedra, al no poder desprenderse del suelo, nunca caerá por su propia voluntad: «Sin educación para la paz no habrá paz durable. Una vez más, el maestro es el responsable, aunque no él solamente, de la suerte del mundo. Mas cierto es que han de dársele medios y tiempo, ante todo tiempo y lugares, para ejercer su misión».²⁶

Quisiera finalizar como lo harían ellas, con la imagen de un salto al infierno. La expresión más carnal del ejercicio de la alerta paciente y del aguardar piadoso que ambas pensadoras mostraron en su vida y en su pensamiento concluye en el deseo de Weil por crear un cuerpo de enfermeras de élite que saltara en paracaídas al campo de batalla para atender a los heridos de la Francia ocupada. La inscripción de esta imagen, que más bien en un emblema, se encuentra en la última nota de Weil en su cuaderno de Londres donde apunta que la parte más importante de la educación consiste en enseñar qué es «conocer, o lo que es lo mismo: Nurses». Al general Charles de Gaulle esta idea le pareció un disparate y Weil, por extensión, quedó registrada en los márgenes de la locura. No entendió, hombre de guerra que era, que Weil estaba emulando ese otro salto acontecido mucho antes, según el mito, en la isla de Léucade. Afrodita, siguiendo el consejo del Oráculo de Delfos, se lanzó al mar desde el acantilado para acabar con la desesperación que sufría tras el asesinato de su amado Adonis perpetrado por Ares, un dios cegado por la ira, por los celos y por el propio endiosamiento. Tras la caída, Afrodita salió del agua renacida, desnuda y sin dolor ya, dulcemente con la levedad que otorga siempre un nuevo amor. Se había convertido en la cítara de la poetisa Safo.

25. Zambrano, M., «Los peligros de la paz», *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amaru, 1995, p. 45.

26. Zambrano, M., «La educación para la paz», en *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, n.º 13, Barcelona, 2012, pp. 54-63.